

NO SÉ QUÉ VA A SUCEDER

Jesús Fuentes y Bazán

-¡Buen viaje!-, le digo a Ady en el andén de la terminal; agita su mano por fuera de la ventanilla del A.D.O., se despide también. El autobús se desplaza con lentitud, inicia su recorrido hasta Mérida. Ella regresa allá, sus papás se lo habían pedido, ya que aquí, en la Ciudad de México, crece más el movimiento estudiantil, y “huele a violencia”, le comentaron ellos por teléfono, debido al bazucazo que días atrás derribara la puerta de nuestra preparatoria, el antiguo Colegio de San Ildefonso.

Ser estudiante en estos días (agosto del 68) es un riesgo: “comunistas”, dice el pinche gobierno. Y los putos granaderos con impunidad nos golpean, nos suben a las “julias” y nos tiran por “el cerro del peñón”, si bien nos va.

Jovial, con mis dieciocho años, atravieso la Alameda Central, paso frente al Palacio de Bellas Artes; recuerdo lo que Ady me había dicho antes: “Vamos, acompáñame; ya le hablé a mis papás de ti, te la vas a pasar bien. ¡A lo mejor te violó! ¡Seré la primera con la que tengas sexo!”, remarcó casi gritando, y yo apenas sonríó.

No, no podía ir, imposible. Trabajo en la distribuidora de medicamentos. Ahora con el movimiento, hay reuniones, discutimos, acordamos. Soy parte del Comité de Huelga en la prepa. Además, necesito dinero para mantenerme, y pagar la renta del cuarto de azotea en la colonia Roma, donde vivo.

Camino aprisa, siempre he caminado así; llego al corazón de México, la plancha gris del Zócalo. Percibo el calor de la concentración humana, solidaria. Los cientos que nos manifestamos la tarde-noche de ayer, 27 de agosto, caminamos del Museo de Antropología hasta acá, con pancartas, mantas y nuestras consignas.

La emoción me invade al ver la Catedral que se ilumina. Aún escucho el “¡Únete pueblo! ¡Únete pueblo!” Y el repicar de las campanas. La tarde se pierde en los reflejos de las luces mercuriales que aparecen dando paso a la noche. Los semáforos cambian del rojo al verde, pasando por el ámbar. Los vehículos en las calles, un fluir de serpientes luminosas.

Entro a la cafetería “La Española”, más por inercia que por las ganas de tomar algo. Ordeno un café y pan dulce, aquí la repostería es muy sabrosa.

Ella llena la taza de café humeante, aromático... nuestras miradas se encuentran, de mis ojos a sus ojos, de los suyos a los míos, es el inicio de la complicidad. No sé qué va a suceder. “Perla”, su nombre, en el gafete que detiene su seno izquierdo, sobre su blusa blanca.

Reservado, escudriño sus piernas que salen de su minifalda negra, y llego hasta sus zapatos bajos, negros también. La veo inclinar el cuerpo, colocar los platos, los cubiertos, las tazas en la mesa de junto. De otra, la llaman, le dejan monedas sobre la mesa. La observo así, a la distancia. Su pelo negro, sedoso (prisionero de una malla transparente). Su cara hermosa. Ojos de mirada angelical, dulce. Sus caderas, ¡ah!, sus caderas. Su andar... oleaje de mar bravío.

¡Esta sí es una mujer!, —digo para mis adentros—, muy parecida a las que aparecen en las revistas para caballeros, con las cuales me masturbo excitado en el baño de mi cuarto de azotea.

Ella voltea de cuando en cuando a mirarme. Nervioso, desvío la mirada a los ventanales que dan a la calle de Tacuba. En la pared de enfrente se lee: “¡Libertad presos políticos!” Viene hacia mí, está aquí de nuevo.

—Más café, ¿quieres más café?

—Sí, sí... por favor —afirmo con torpeza.

Se inclina, vierte el café en la taza, veo sus senos desbordados.

—Me gustaría conocerte más, bueno más bien conocernos —dice.

—Me agradaría —contesté.

—¿Qué te parece si me esperas?, salgo a las diez, y ya casi son.

—Nunca he salido con una mesera tan guapa y mayor que yo.

—Ni yo con un joven, bien parecido, de pelo largo y...
—responde sonriendo.

Siempre sonrío. Peregrinos, envueltos por las sombras de la noche, hablamos de nuestro quehacer, de los anhelos. Ella, ceñida a mi cintura como si ya nos conociéramos de hace mucho. Percibo el calor tibio de su mejilla. Con timidez la beso junto a los labios. Nuestras bocas sedientas, audaces, al encuentro. Siento el placer de sus labios, de su boca en la mía. Imagino que ella toca mi miembro en desenfreno, chorreado, húmedo, y lo incita a meterse entre sus piernas.

—Así que escribes, y ¿qué estás escribiendo ahora?

—Una novela —dije entre presuroso y excitado.

—Escribe de mí en ella —dijo de pronto

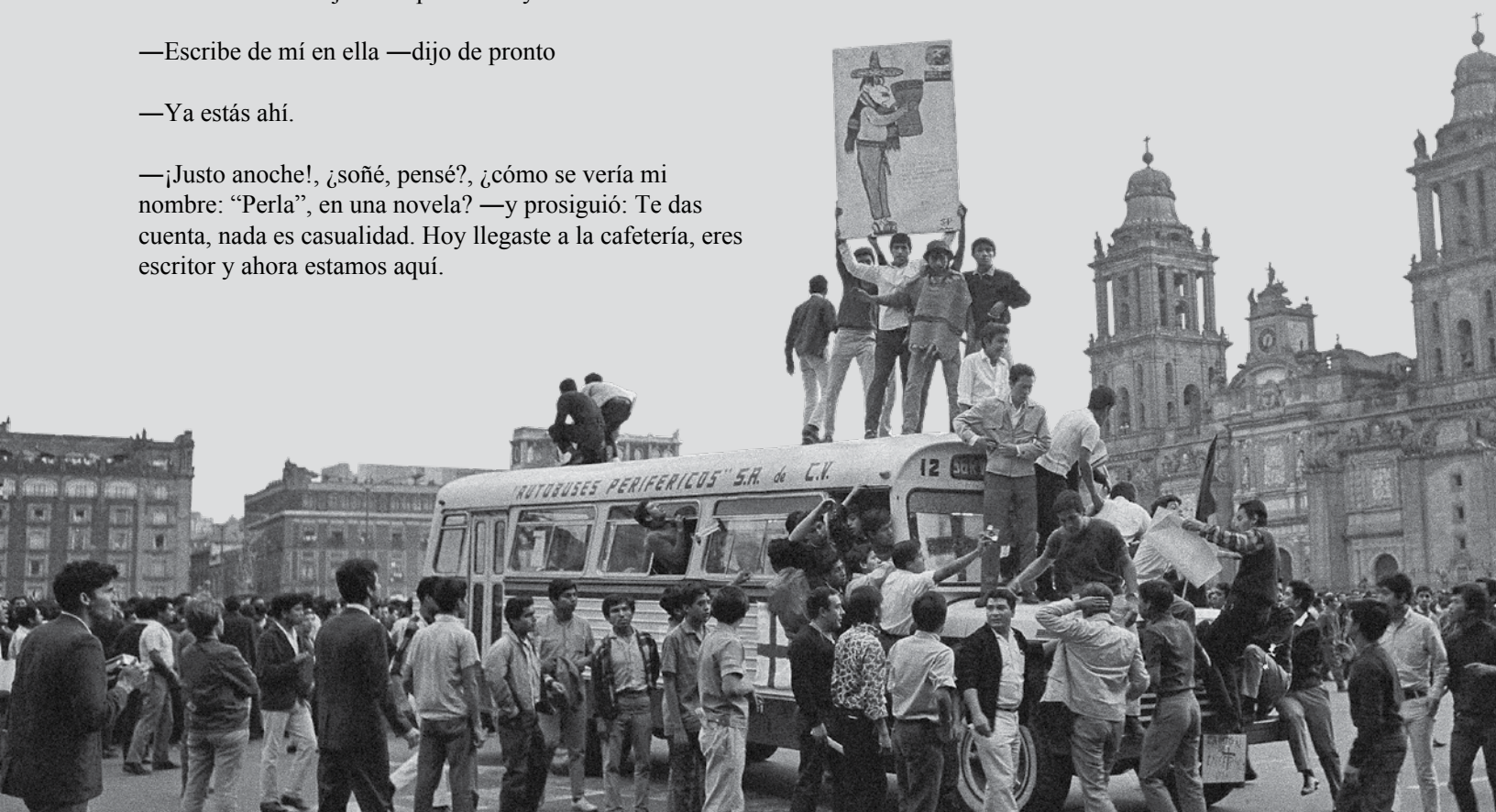
—Ya estás ahí.

—¡Justo anoche!, ¿soñé, pensé?, ¿cómo se vería mi nombre: “Perla”, en una novela? —y prosiguió: Te das cuenta, nada es casualidad. Hoy llegaste a la cafetería, eres escritor y ahora estamos aquí.

No muy lejos, detrás de Catedral, se escuchan disturbios. Bombas molotov que estallan. Ulular de sirenas. Mirando hacia los lados, me atrae de nuevo entre sus brazos, chupa, bebe, muerde con placer mis labios. Con caricias voraces goza de mi juventud.

Advierto que el tiempo se detiene en ese instante. Veo nuestras manos, las lenguas, la de ella, la mía, conocerse, recorrer nuestros cuerpos que trasudan, exhaustos, sin habla. Siento, justo en ese momento, sólo siento un golpe fuerte. Calor que penetra en la espalda, resbalando un líquido bermejo. Ella, ella no puede sostenerme.

—¡No!, ¡No!, ¡Nooooo!—lo último que escucho. ☒



Jesús Fuentes y Bazán (Ciudad de México, 1950). Escritor mexicano. Estudió Medicina Veterinaria y Zootecnia en la UNAM. Escribe narrativa, cuento y poesía. Ha publicado en revistas digitales e impresas nacionales e internacionales. Perteneció al taller: La catarsis literaria. Entre sus libros, cabe citar: *El principio de la noche y otros textos* (2018) y *Lo encontré en un sueño* (2019). Ha participado en varias antologías, como *Cuentos de Misterio, Suspense y Horror*, de BENMA grupo editorial (México, 2018); *Microrrelatos*, del Quinto Concurso Internacional, Comunidad Literaria Versos Compartidos (Uruguay, 2019) y *Mar abierto*, antología de relatos inéditos (Ensenada, B.C., México, 2019). Vive en Ensenada, Baja California, desde 1992.